

ATENCIÓN A LAS REVISTAS PIADOSAS

Fernando Ríaza, S. I.

EXISTEN en el ambiente católico una serie de revistas que se orientan a fomentar la piedad del pueblo. Todos las conocemos y quizá entren en nuestro ámbito familiar porque la abuela o la madre son sus asiduas lectoras. Aunque hay excepciones, suelen estar mal editadas, procuran un precio bajo y admiten suscripciones de "bienhechor" y de "socio de honor".

No se trata de dialogar *con* ellas sino *sobre* ellas. Dialogar un momento con los que las vemos desde fuera, con los que no nos consideramos incluídos en el mundo a que se orientan.

Suelen tener, dentro de un denominador común, diferentes direcciones. Procuran que una devoción determinada, que un santo o una santa concretos alquieran relieve entre los "devotos" de los mismos. Estos devotos y devotas se nos muestran sonrientes y felices (quizá, mejor, infelices) en las fotografías que suelen ir apareciendo en sus páginas, o en los "favores" de que dan testimonio.

La actitud de enfado y aun de escándalo frente a ellas no es infrecuente. Sacamos motivos del mundo "cultivado" en que vivimos, o creemos vivir, para denostarlas a placer. Tampoco faltan los que ven en ellas el reflejo más genuino del catolicismo perezoso, ramplón, simplista y reaccionario que —dicen— domina en el ambiente español. Y esta actitud nace a veces de una sincera buena voluntad.

Más allá del enfado está la postura irónica, la de los que comentan regocijados las respuestas de algún Fray Ramón al consultorio abierto en la revista o leen sus páginas como la Codorniz.

Estas actitudes no carecen de fundamento. Por mucho que queramos defender todo lo que se orienta a un fin bueno, no podemos dejar de admitir que las poesías piadosas, imágenes sacras y estilo literario que ellas nos sirven son, por lo menos, deliciosamente tontos.

Alguna vez he oído responder a esto que el pueblo al que se dirigen es así, incapaz de otra cosa. Si no es poco conseguir que lean algo, es una gesta el que lean cosas religiosas.

Responder a este argumento lleva muy lejos. Nada menos que a descubrir que no sabemos llegar a la religiosidad del pueblo si no es halagando lo



que en ella hay de más superficial, amanerado y aun supersticioso.

Porque ni a priori ni a posteriori es sostenible que un cultivo religioso sencillo pero profundo sea incompatible con la religiosidad del español.

En este como en otros muchos terrenos vuelve a manifestarse esa falta de popularidad o mejor de entronque y comunión con el pueblo que padece el sector cultivado y pensante en lo que a cultura católica se refiere. No hemos pensado demasiado seriamente en ello. Por eso criticamos y nos reímos.

Pero volvamos a las revistas.

No obstante todos sus fallos, constituyen una realidad en nuestro catolicismo y en nuestra cultura. Ellas siguen impertérritas su línea y en los pueblos y en las ciudades consiguen lectoras y lectores. Algunas cuentan los suscriptores por decenas de mil.

Viven cerradas en sí mismas, abandonadas a su propia suerte. Son plantas —otros dirán maleza— que brota sin los complicados métodos de cultivo de las diferentes “espiritualidades”.

Les hace falta agilidad espiritual para vivir al ritmo de las cuestiones religiosas que a nosotros (nosotros los de la “cultura”) preocupan. Son pobres de contenido dogmático y les sobra piedad sensible apoyada sobre bases poco consistentes.

Es evidente que hacen bien. El estilo desenfadado y populachero, algunas veces, o relamido y ampuloso las más, no parece que lo impida demasiado. Tampoco los cromos que difunden. Pero no es lo que hacen, lo que ahora nos importa, sino lo que dejan de hacer. Porque aquí es donde entramos nosotros. Dejemos de señalar defectos para ver qué consecuencias se deducen de ellos.

Porque todas estas acusaciones rebotan sobre los que las hacen, los que vemos sus defectos, su insuficiencia, pero no nos sentimos responsables de ello.

Aun en moral la peseta se ha hecho demasiado sensible. El sueldo insuficiente, el niño huérfano y enfermo son

realidades a las que somos permeables, por lo menos en teoría. Pero la miseria cultural (aquí religioso-cultural) o no nos impresiona o no nos impresiona con la fuerza que la otra.

Entendemos eso de que haya obligación de dar los bienes (léase pesetas) superfluos. Pero la obligación moral de una mejor redistribución de la cultura religiosa quizá nos suene a nuevo o a menos urgente.

Si donde pone “bienes”, ponemos “cultura”, aparece como por arte de magia una nueva serie de obligaciones: la de dar de la propia cultura al que está en extrema, grave u ordinaria necesidad de ella, la de no tener cultura improductiva, la de su justa distribución, la ordenación de estos “bienes” para el provecho de todos, etc.

Acerca del tema con todo su peso de urgente gravedad, es poco lo que podemos encontrar impreso, señal de que aún no tenemos colectivamente conciencia de su trascendencia. Quizás nos enseñe algo el ver la fiebre de cultura que los comunistas chinos han despertado en millones de hombres. Y no vale decir eso tan sabido de que es una cultura atea, porque es echar más carga de responsabilidad sobre nuestra indolencia en extender la que no lo es.

Hay —más cada día— mucha publicación religiosa española que no cae dentro del ámbito de estas revistas piadosas. Si merecen alabanza, por lo menos desde aquí no debe decirse. Pero quizá nos falte inquietud por la masa, por esos miles de españoles que sólo creemos capaces de digerir tonterías.

Estamos equivocados. Hablamos de movimiento litúrgico, de renovación del arte sacro, de primacía de la caridad. Pero nos basta que sea una exigua minoría española la que participe de estas ideas para pregonar el fin de la etapa h y el comienzo de la h + 1 (que sólo va a llegar claro está a los de la anterior). Hay en esto un poco de mentalidad estrecha, de vanidad ineficaz. Recibir sin repartir a todos, se llama encerrarse en la jaula dorada de unas ideas hermosas pero ineficaces.

A veces temo que nuestro modo religioso de pensar tenga no poco de virtuosismo intelectual, como si fuese la idea por la idea, el ajuste perfecto del pensar consigo mismo el lema de esa manera "culto" de pensar.

Esto no es activismo ni desprecio de la cultura. Es sencillamente un defecto de ella. Y creo que no es sólo en el terreno cultural religioso. Una de las peores estrecheces de miras es la del que se cree superior y dirigente sin ser superior ni dirigente más que de un círculo exquisito de espíritus supercultivados.

Por eso las revistas piadosas son mensajeras de un problema: la falta

de auténtico cultivo religioso-cultural en el pueblo y la despreocupación de los que pueden remediarlo. Aunque quizá sea esta formulación darnos demasiada importancia y sea más verdadero decir que no remediamos los fallos superficiales de la cultura religiosa popular porque no somos capaces, y no lo somos porque no construimos la nuestra en contacto con los hondos valores religioso-culturales de ese mismo pueblo.

Pero una nota de revista no puede adentrarse más en una realidad tan seria. Baste el haber señalado a las revistas piadosas como un síntoma más de su existencia.

